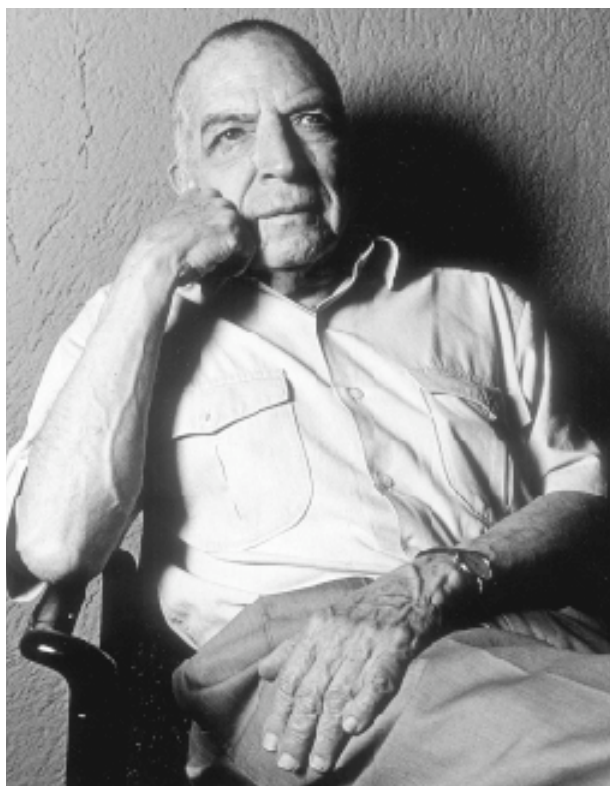


Rebeldía perpetua

Juan Soriano



Los misteriosos hados y la infinita generosidad de los jurados me han traído hoy aquí —ante Velázquez, que pinta a Velázquez pintando—, como para cumplir un ciclo de mi vida muy antiguo, como para convocar voces del pasado y presencias muy queridas, como para comprobar algo que he sabido desde siempre: y es que, a lo largo de mi vida, me rebelé contra mi familia, contra la tradición y contra la propia pintura, pero nunca sentí la necesidad de rebelarme contra la entrañable España.

Rebelarse es humano, tal vez lo más humano. ¿Cuál de los muchos hombres que he sido es el verdadero rebelde? Ante mi rebelión temprana, en mi casa me decían

que iba a convertirme en facineroso, que iba a morirme de hambre en la bohemia. Como se ve, no ocurrió. Si realmente uno tiene temple, alcanza la siguiente ruptura y ésa debe ser con la tradición. También ante ella me rebelé y creo que ese rompimiento mío arrastró la liberación de otros pintores más jóvenes como Alberto Gironella, Vicente Rojo o José Luis Cuevas. En la juventud me di cuenta de que me llenaba Velázquez, ¡qué gran pintor! Pero pronto comprendí que no podía ser como él: tenía que pintar como yo. Según Ortega, Velázquez se rebeló contra la belleza. Yo siento que me he rebelado contra la pintura misma. Nunca quise copiar a nadie, quise conservar la hermosura lograda por otro sólo para mi disfrute.

Mencioné a Ortega y él ahora me lleva de la mano hasta María, María Zambrano, a quien conocí en México a su regreso de Morelia. ¡Cuántas cosas aprendí yo de María! Ella me enseñó, por ejemplo, que mi rebeldía era una forma de buscar la luz. Ella me dijo que yo era la aurora, el niño que nace, algo pálido que sale de la oscuridad y la ilumina. “Tú, Juan, eres auroral”, me decía. Y yo me reía, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Se imaginan ustedes lo que significó en mi vida la mirada cercana, la mirada abierta de María Zambrano? Ella es la más pura, la más alta, pero no la única encarnación de mi familia espiritual, esa familia española que me acogió de mil maneras. ¡España para mí son sus pintores, sus filósofos, sus mujeres extraordinarias, sus poetas! Los de mi tiempo y los de todos los tiempos. (Apenas adolescente, lo juro, ¡me sabía a Quevedo enterito!) Pero no sólo de creación artística e intelectual estaba hecha mi devoción por España: también de dolor y piedad. Me conmueve hasta las entrañas el recuerdo de su guerra cruel, guerra entre hermanos, que llevó a algunos de ellos hasta las costas de México gracias a la visión del Presi-

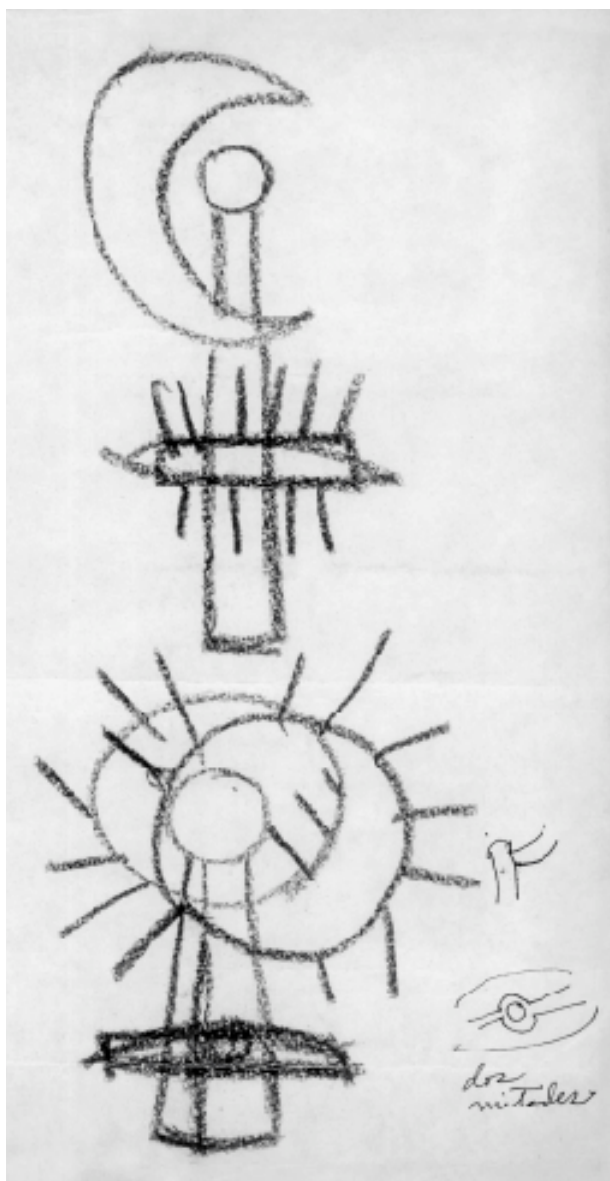
dente Cárdenas. ¡La lucha entre hermanos llevó a los españoles a conocer a sus otros hermanos, al otro lado del Atlántico! Ahí los conocí y reconocí, allí conversé y reí con ellos.

Tres o cuatro veces por semana tenía yo la oportunidad de escuchar a José Bergamín, a Juan Gil-Albert, a los pintores Ramón Gaya y Arturo Souto, a los filósofos Gaos, Xirau y Nicol. José Gaos, por cierto, me dio clases de filosofía: “Mira, lee este libro y, cuando lo termines, me hablas y lo discutimos”. ¡Qué paciencia de santo me tuvo Gaos! Llegaron también el jurista Manuel Pedroso, el filósofo Carlos Imaz y una cohorte literaria de primer rango: Enrique y Joaquín Díaz-Cane-do, Max Aub, Juan Rejano y Pedro Garfias, Francisco Giner de los Ríos, Juan Larrea y Manuel Altolaguirre. Un artista plástico, Miguel Prieto, le enseñó a nuestro Vicente Rojo a hacer revistas y periódicos. Recuerdo a José Moreno Villa, que con su finísima inteligencia nos dio una mirada fresca sobre México, sus hábitos, sus frutas, sus colores, sus pasiones. Recuerdo también al pintor Antonio Peláez y a León Felipe, poeta y profeta bíblico, arengando desde lo alto de su peña vespertina. Yo lo quería, pero, a decir verdad, era un poco terco. México resultó para ellos un oasis. No todos llegaron en la miseria, algunos traían un poco de dinero y con él fundaron editoriales y colegios. El exilio español no fue un peso sobre México; todo lo contrario: la llegada de los españoles dio sustancia a México, nos nutrió, nos enriqueció.

Yo fui un ciudadano mexicano de la España peregrina. ¿Cómo recrear aquí la animadísima conversación entre mexicanos y españoles en la que tuve la fortuna de participar? De pronto, el exilio español inundó México. El Café París, antes frecuentado sólo por mexicanos, se volvió español. Ahí se reunieron generaciones afines: los poetas Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia conocieron a Max Aub y a Rodríguez Lozano; los hermanos Revueltas y los hermanos Gorostiza trabaron relación alrededor de sus mesas con Pedro Garfias, José Bergamín y José Moreno Villa. Y, por supuesto, estaba Octavio Paz, deslumbrante como un sol, de vuelta del Congreso Antifascista de Valencia. Octavio, por cierto, fue muy amigo de otro gran poeta, Luis Cernuda. Peinadísimo, apuesto, Cernuda no tenía una conversación brillante, ni avasalladora, ni nada. Era retraído, desconfiado, raro. No recuerdo que dijera algo memorable, pero me agradaba estar con él. Lo mismo que con Emilio Prados, más accesible que Cernuda. Carmen de Mesa, hermana del inolvidable Diego y una de las mujeres más extraordinarias que he conocido, decía que la guerra había sacudido el polvo a los españoles, y que luchar y trabajar por México era un renacimiento. Pero lo cierto es que algunos vivieron un exilio muy triste. Se les hizo muy difícil ganarse la vida. Eran traductores y maestros. Sin embargo, la mayoría despertó e hizo libros, pintura, arquitectura.

A tres arquitectos deseo agradecer su estímulo para que yo creara esculturas monumentales: Teodoro González





de León, Ricardo Legorreta y Javier Sordo Magdaleno. Asimismo, entre los escritores mexicanos que me han honrado con su amistad, tampoco puedo dejar de mencionar a Carlos Fuentes, a quien conocí en París cuando desempeñaba el cargo de embajador de México en Francia. Ni a Sergio Pitol, de quien he ilustrado algunos de sus libros, como antes lo hiciera con otros de Alfonso Reyes. Fuentes y Pitol fueron también amigos de la autora de *El hombre y lo divino*.

Vuelvo, pues, a María Zambrano, tan importante para mí por lo que escribía, por lo que me decía. De

ella aprendí muchas cosas sobre España y sobre mí mismo. Ya anciana, cuando le dieron el Premio Cervantes, quiso que fuera yo el autor del dibujo para el diploma de entrega. De ella pinté, a mediados del siglo pasado, un *Retrato de la filósofa*. Ella fue importantísima en el viaje que hice a Roma y en la primera exposición que monté en aquellas tierras. Regresé a México años después, sanamente desintoxicado de nacionalismo, con los ojos renovados. Volví a encontrar en México a mis viejas amistades mexicanas y españolas. Jaime García Terrés, poeta y animador cultural, había reunido entorno suyo a una nueva generación de escritores. A su paso por París, conoció a Juan Martín e hizo que viniera a México. Juan Martín fundó entonces una influyente galería de pintura. El experimento teatral y poético llamado *Poesía en voz alta* —que ahora se recuerda como el más importante intento de afincar el teatro de vanguardia en nuestro país— fue una gran ocurrencia suya. Montamos obras de Lorca y del teatro clásico español. Como se ve, España estaba presente siempre. *Poesía en voz alta* duró tres años y cambió el rostro del teatro en México.

¡La rebelión del hombre, la infinita rebelión del hombre! Cualquier hombre vive, o bien rebelándose, o bien conformándose con el mundo. ¿Cuál de los muchos que he sido eligió la renovación sin freno, la rebelión constante, el cambio volátil como juego de niño? Dijo Octavio Paz de mí que yo era un muchacho de mil años y un viejo de veinte. Este muchacho de mil años ha envejecido. Este viejo de veinte años ha rejuvenecido. El pequeño gran secreto, quizás el único, está en la rebeldía, máxima suprema del artista. ¿Quién puede negar que lo mejor del hombre le viene de su constante rebelión? Sólo así, en el crepúsculo rebelde, llega la aurora. Ella me sorprende ahora, ligando mi nombre al de Velázquez y rodeado de mis amigos españoles y mexicanos, los que aquí están, los que están lejos y los que no están. No dejan de palmotear, no dejan de discutir, no dejan de inspirarse, de pelear por nimiedades y enormidades. La tertulia que he evocado, ahora lo advierto, fue un despertar: ellos despertaron para reconocer a España en México, nosotros despertamos para reconciliar a México con España. Y este reconocimiento generoso de hoy es un nuevo despertar. Lo acepto sin rebeldía, lo agradezco con humildad.

Rebelarse es humano, tal vez lo más humano. ¿Cuál de los muchos hombres que he sido es el verdadero rebelde?